

lenguaje más propio de la oralidad grupal que del escrito estándar, imprimiéndoles a algunas de sus notas, por una parte, tono conversacional o exclamativo y, por otra parte, introduciendo cierta dificultad de comprensión a expresiones como, por ejemplo, "música densa", que pertenecen a un diccionario particular.



Así mismo, por medio de las acotaciones el escritor hace propuestas variadas para el espectáculo, como música, sonidos, objetos, gama de colores que debe primar en el escenario y cambio de luces, en general con valor mimético e ilustrativo.

MARINA LAMUS OBREGÓN

Una poética de la ciudad moderna

Diario de una mosca

Emilia Ayarza

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 109 págs.

Con imaginación y humor, Emilia Ayarza (Bogotá, 1919-1962) escribió un conjunto de textos que bajo el título de *Diario de una mosca* reunió y publicó por primera vez en el México de 1964. Con ellos la autora, injustamente olvidada por quienes seleccionan los hitos que van constituyendo nuestra tradición literaria, penetró bajo el ropaje de este animal repulsivo e impertinente en diferentes lugares de la ciudad, que van desde los espacios más íntimos

(como la alcoba nupcial de unos recién casados) hasta el desesperante mundo de las oficinas estatales.

Si, como está claro, el propósito de Ayarza con este trabajo era registrar el contradictorio mundo de la metrópoli, nada como un diario personal para captar los cambios de ánimo que sobre todo en las ciudades contemporáneas experimenta a cada momento la inconstante voluntad humana. Por eso el diario de Ayarza —concebido inicialmente como un compendio de crónicas periodísticas— está constituido por textos de índole variada; textos que, al hallarse casi siempre marcados, ya se ha dicho, por el humor o el comentario irónico, participan de dos elementos que caracterizan las obras narrativas modernas y que equivalen a lo que Juan Manuel Roca identifica, en la nota que presenta esta edición, como el "distanciamiento" y "la transgresión de fronteras".

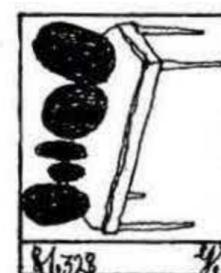
Como esas películas registradas por el lente de una cámara cinematográfica que capta de pasada cuanto pasa por su foco y, precisamente por quedar allí registrados adquieren los seres un *status* sublime, todo en este diario ambulante y divagador, por nimio que sea, aspira a la dignidad que otorga la escritura: la digresión acerca del tedio, la desazón causada por la calumnia, los tiernos niños que martirizan al pequeño insecto, el papeleo burocrático, el cotidiano viaje en el vehículo público, el enamoramiento que todo lo trastoca, la difícil parada de un taxi en el momento en que más se necesita, la petrificación y el embobamiento de la familia ante el televisor...

En especial este último asunto, registrado en la página 102 bajo la fecha de octubre 24, es uno de los mejores logrados:

Son las seis de la tarde. El tejado se casa con la sombra y los árboles y echan a volar, como una hoja su contorno. Hay una ventana abierta. Me cuelo [...] Observo. Hay ocho personas. Un niño. Una anciana. Dos criadas. Tres señoras y un joven. Están petrificados o algo así. Me inquieto. Nadie se mueve. Apenas respiran [...] En un momento dado, ¡comprendo, comprendo todo! El niño, la anciana, las dos

criadas y el joven, ¡están frente a la pantalla del televisor...!

El libro de Emilia Ayarza me ha hecho pensar en *Gotas amargas* y en *Suenan timbres*. Seguramente porque en estas obras y en la comentada, como pocas veces en la literatura colombiana, la paradójica soledad que hallan en las ciudades modernas quienes intentan transcribir sus deshumanizadas transformaciones, se combina con el humor de un modo sencillo y humano.



Así, sin llegar al extremo del vano hermetismo ni al facilismo en los que se refugian tantos falsos poetas de nuestra época, Ayarza, como Vidales, Huidobro y muchos otros, siguió el camino abierto por Rimbaud en lo que concierne a la imaginación independiente y creadora, que, como en el caso del poeta francés, se fundaba en una profunda convicción del poder liberador de la palabra frente al inhumano mundo concebido por la ciencia, el concreto y la tecnología:

Si pudiéramos hacer una barricada de ternura o trazar un camino largo sin que nadie nos preguntara por qué. Pero... todo tenemos que explicarlo... Todo tenemos que decirlo... ¡Todo!

En este caso, una expresión como "barricada de ternura" se justifica por la naturaleza del deseo explícito en el texto y de ningún modo es una mera ostentación verborreica. Las peculiaridades expresivas y las continuas imágenes que aparecen en *Diario de una mosca* están, como en el ejemplo anterior, sobriamente justificadas, tanto por las necesidades de cada texto en particular como por la es-

pontaneidad y la comprensión que caracterizan a la obra entera.

Los pocos elementos mencionados en el apunte de la página 47, que precisa la mosca para acceder a la felicidad, son así mismo la mejor concreción de los elementos que componen esta obra de Emilia Ayarza:

La risa de una marimba callejera. Dos niños metiendo los pies entre un pozo. Un perro tirado al sol. Una esquina con cuatro vientos. La vitrina de una librería, el aparador de una dulcería y la voz de una mosca amiga, me han dado la certeza de que en el milímetro modesto de mi insignificante cuerpecillo cabe toda la alegría del mundo.

ANTONIO SILVERA ARENAS

“No confíes en nadie que tenga más de quince años”

Son de máquina y otros cuentos

Óscar Collazos

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 155 págs.

Son las tres de la tarde y en Bogotá llueve. Ando sumergida en la primera parte de los doce cuentos de Óscar Collazos que ha publicado, en quinta edición, la editorial Magisterio. Una nostalgia grave y densa cae sobre mí. Recuerdo las tardes de la adolescencia en casa de mi mamá leyendo encerrada en mi cuarto pese a la bullaranga que armaba mi hermano con su piano en el que trataba de dar acordes a lo Papo Luca. Miro por la ventana y todavía llueve. Empiezo a salir a flote pero no quiero. Deseo seguir acunando esta nostalgia todavía por un tiempo. Del mundo de Collazos paso al de J. D. Salinger y al de Philip Roth. Estos cuentos son una especie de *Cazador en el centeno* a la colombiana (adjetivo que para nada los desmerece): veo el universo, y lo siento, a través de

un muchacho que a lo sumo tendrá catorce años. Oigo los lamentos de Portnoy, pero esta vez no en yídish ni en inglés sino en mi propio idioma. Me acuerdo de mí misma. Sé cuantos años tengo, pero proclamo con Matt Groening o con Bart Simpson (¿su áter ego?): “Tío, no confíes en nadie que tenga más de quince años”. Avanzo en la página y la acaricio: soy Alberto, furioso con su padre porque no lo deja jugar con los niños negros; soy Cachito, riéndome de las viejas rezanderas que confunden un eclipse con el fin del mundo; soy Efraín, recordando en un velorio a don Pacho, el de la tienda, con sus propuestas indecentes. Cierro los ojos un momento y viene a mi memoria una escena de *Cuenta conmigo*: cinco chicos caminan por una carrilera en cualquier pueblito de los Estados Unidos. Comparten un secreto, nimio tal vez para la visión de los adultos, pero grandioso para ellos. Sus cabellos ondean al viento y sus rostros son radiantes. En el fondo, pero adivinándose un *crescendo*, se oye el clásico *Stand by me*. Es suficiente por un rato. Me levanto y pongo un disco (*de pasta*) de los Rolling Stones. Recuerdo que hace poco mi hermano, adulto ahora, me preguntó si toda la vida iba a seguir oyendo música de adolescentes. Sueltó una carcajada y, después de tocar “guitarra de aire” por una o dos canciones, vuelvo a *Son de máquina*...

Ahora ya no miro el universo a través de un chico de doce años. Soy Ángela viviendo con el tipo aquel que la familia detesta y con el cual ya tampoco me entiendo (¡otro de esos sin remedio, como Escobar!); soy Amalia en Semana Santa, halada por el deseo pero guardando los votos religiosos; soy Amalia, enamorada del maldito Bermúdez, sobre cuyo abandono me he vuelto proxeneta; soy Vicente Cabranes esperando el barco que nunca llega; soy Alberto, que regresa a su lugar de origen y no tiene más auditorio que sus hermanos y que renuncia a la pobreza de éstos para volver a la pobreza gringa; toco clarinete al lado de mi Matilde, que, paciente, le abre espacio a mi mal genio, a mi depresión o, ¿por qué no?, a mi creatividad. La última línea del libro dice “París, julio de 1968”, y aunque no quería terminar de

leer (los últimos renglones los leí a ritmo de dromedario) sé que no tengo otra salida. Suspiro, prendo un cigarrillo y declaro:



“Confieso que no había leído a Óscar Collazos más que en la prensa. Me resultaban simpáticas sus anotaciones sobre bellas y bestias, aunque nunca sentí curiosidad por explorar sus libros. Ahora quisiera conocer su obra completa. Le estoy infinitamente agradecida por devolverme la confianza en la literatura de mis coterráneos. Siempre he creído que los costeños tienen una vena especial para escribir, y Óscar me lo confirma con creces. Bienaventurada sea Colombia, que, al lado de tanta basura, produce tanta hermosura. Ésa tal vez sea la riqueza de la existencia humana y muy particularmente de los colombianos. No me queda nada más que agregar. Eso es lo que he visto y lo que he leído”.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Rescate

Esteban Gamborena

Arturo Echeverri Mejía

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1997, 360 págs.

“Los ojos de Esteban persiguieron el vuelo ondulado y persistente de una mosca. Persistencia de mosca en vuelo circular. El sol caía libre iluminando los guayacanes en flor. El tiempo fluye rápido acá en esta tierra donde nací. Me parece haber delirado tres días de fie-